

Isaías 6:1-8

Epifanía 5, 2004 Isaías 6:1-8

¹El año en que murió el rey Uzías vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el Templo. ²Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas: con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. ³Y el uno al otro daba voces diciendo:

«¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!
¡Toda la tierra está llena de su gloria!».

⁴Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la Casa se llenó de humo. ⁵Entonces dije:

«¡Ay de mí que soy muerto!,
porque siendo hombre inmundo de labios
y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos,
han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos».

⁶Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. ⁷Tocando con él sobre mi boca, dijo:

—He aquí que esto tocó tus labios,
y es quitada tu culpa
y limpio tu pecado.

⁸Después oí la voz del Señor, que decía:
—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?
Entonces respondí yo:
—Heme aquí, envíame a mí.

Isaías enfrentaba una tarea sumamente difícil. Dios lo llamaba para servirlo predicando a un pueblo que no querría escucharlo. Su público rehusaría reconocer el derecho de Dios, su Creador, sobre él. Si se midiera la tarea de Isaías según el criterio ordinario humano, la tarea no sólo parecería difícil y desagradable, sino imposible. Sin embargo, Dios llamó a Isaías, y en su mismo llamamiento, que no ocultó a Isaías nada de la dificultad que lo enfrentaba, le mostró también el privilegio que era servir a este Dios y proclamar su palabra.

Nosotros también hemos sido llamados por el mismo Dios a servirlo fielmente. Y para nosotros también, que le servimos en un mundo crecientemente hostil, es también un privilegio increíble servir a aquel que es el Santísimo. Meditemos hoy en el tema: Llamados a servir al Santísimo. Veremos la majestad de

aquel a quien servimos, nuestra indignidad de servir, y la gracia que nos permite servir.

Fue el año de la muerte de rey Uzías. A Isaías se le concede una visión de la majestad de Dios en el cielo. Ve al Señor, vestido de magnificencia, sentado en su trono en el templo celestial. Sin embargo, ni los cielos de los cielos lo pueden contener. Sus faldas llenaban el templo. Volando encima había serafines, seres angelicales con seis alas cada uno, que usaban dos alas para cubrir su rostro, porque aun con toda su santidad y magnificencia, no se consideraban dignos de mirar directamente a la gloria de su Creador. También cubrían sus pies con dos de ellas, porque aun siendo seres sin pecado, sus obras no eran dignas ante aquel que es el santísimo Creador del cielo y la tierra.

Aun estas magníficas criaturas no sólo guardan una debida humildad delante de Dios, sino consideran sólo a él como el verdaderamente santo. “¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!”, claman. Dios es tres veces santo. No sólo es esto un superlativo, que Dios es el más santo de todos los seres, sino que a la luz del Nuevo Testamento podemos declarar que cada una de la Tres Personas que conforman este Dios, Jehová de los Ejércitos, es igualmente santo.

Dios está apartado, que es la idea básica de santo, no sólo del pecado humano, sino de toda criatura, aun de estos poderosos ángeles. Aun estos seres altísimos y poderosos reconocen que en comparación con el Creador, como criaturas distan mucho de alcanzar la absoluta santidad que posee Dios. Como dice Jorge Stoeckhardt, “Hay una gran diferencia entre la santidad de las criaturas y la santidad increada de Dios”.

La segunda frase de su canción afirma que aunque Dios es santísimo en el cielo, también se revela su gloria en la tierra. “¡Toda la tierra está llena de su gloria!” Todas las obras de Dios proclaman su gloria, que es la expresión visible de su santidad. Toda la creación glorifica a su Creador. “Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal. 19:1). Pablo también destaca la gloria de Dios revelada en la creación en Romanos 1. “Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas” (Rom. 1:20). Sólo revela la perversidad de los hombres el que ellos rehúsan reconocer siquiera la gloria de Dios en la creación, sino “cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles” (Rom. 1:23). Pero si los hombres roban a Dios su gloria y lo atribuyen a las criaturas de él, estos santos y poderosos ángeles atribuyen toda gloria también aquí en la tierra solamente a Dios.

Pero Dios es glorioso no sólo en su creación sino en la redención. En Efesios 1:6 Pablo, alabando el plan eterno para nuestra salvación y redención, alaba a Dios por “la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado”. Dios quiere ser glorificado sobre todo como el Salvador de los pecadores.

El efecto de este cántico majestuoso de los ángeles es que se estremece todo el santuario celestial. “Los quicios de las puertas se estremecieron con la voz del que clamaba, y la Casa se llenó de humo”. También en el monte Sinaí cuando Dios reveló su gloria a los hijos de Israel, apareció envuelto en una nube. Además de relámpagos, truenos, terremoto y el sonido de una trompeta, nos dice que “una espesa nube cubrió” el monte.

El que nos ha llamado es este ser santísimo y glorioso que apareció a Isaías. ¿Pero quiénes somos nosotros para que podamos servir a un ser tan elevado y tan santo? Si aun los más excelsos de los ángeles muestran humildad y un sentido de indignidad frente a él, ¿qué tal nosotros que somos pecadores?

Así reaccionó también Isaías. La santidad de Dios y la perfección de la alabanza de los ángeles le hizo exclamar: “¡Ay de mí que soy muerto!, porque siendo hombre inmundo de labios y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”.

Acaba de escuchar la perfección de la alabanza de los serafines. Y sólo puede pensar en la impureza de sus propios labios y los de su pueblo. Aun la mejor alabanza de que somos capaces en esta tierra no puede magnificar a Dios como él merece, ni como estos ángeles lo han hecho. Nuestras liturgias muchas veces descienden al nivel de solamente lo formal, sin que nuestro corazón esté completamente involucrado en él. Y eso es sin contar las muchas cosas abiertamente contrarias a la voluntad de Dios que pasan por nuestros labios. ¡Qué fácil es que maldigamos a alguien que nos ha hecho mal!, a pesar de que Jesús nos ha instruido claramente: “benedicid a los que os maldicen, haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos”. Santiago lo dice aun más tajantemente: “ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendicimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así” (Sant. 3:8-10). ¿Cuántas veces la inmoralidad la tratamos como asunto de bromas, cuántas veces hemos hablado irrespetuosamente de nuestros padres o los gobernantes u otras personas que Dios ha puesto sobre nosotros. Sí, ¿quiénes somos nosotros, los seres humanos, para ser siervos

y voceros del Dios santísimo? Más bien, si Dios nos juzgara por nuestra impureza, seríamos muertos, muertos eternamente.

Y sin embargo, Dios permite que seres pecadores como Isaías y como nosotros le sirvamos. ¿Cómo es posible? Porque la gracia de Dios nos permite servir. Dios mismo nos limpia de nuestro pecado. Puesto que Isaías, después de escuchar la alabanza pura de los serafines, estaba especialmente consciente de sus pecados de la boca, de su habla impura, Dios ordena a uno de los ángeles a hacer una acción simbólica para comunicarle el mensaje del perdón de sus pecados. “Y voló hacia mí uno de los serafines, trayendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas. Tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa y limpio tu pecado”. Precisamente en donde Isaías está consciente de su pecado, allí Dios le asegura del perdón de ese pecado. ¡Qué lección tan consoladora para nosotros! Dios no perdona los pecados en general, perdona los pecados particulares e individuales de cada uno de nosotros. Si sabemos que nuestra habla no ha sido pura como Dios exige, nos asegura que esos pecados en particular han sido perdonados. Y si las palabras no fueran suficientes, las liga con cosas concretas de esta vida, el agua del bautismo y el pan y vino y su cuerpo y sangre en la Santa Cena, para asegurarnos personalmente que todos nuestros pecados están perdonados. A nosotros también se nos dice: “es quitada tu culpa y limpio tu pecado”. Sólo Dios mismo lo puede hacer, y lo hizo, viniendo en carne humana para llevar nuestros pecados y expiarlos en la cruz del Calvario. Por la obediencia de Cristo, Dios nos cuenta a nosotros como obedientes. Por su castigo, nosotros somos limpiados. Sólo por esa obra redentora de Jesucristo podemos estar en pie delante de Dios.

Pero no sólo podemos estar en la presencia del Dios santo por el mérito de nuestro Redentor, Jesucristo. Él se digna tomarnos en su servicio. “Después oí la voz del Señor, que decía: —¿A quién enviaré y quién irá por nosotros? Entonces respondí yo: —Heme aquí, envíame a mí”. A Isaías lo llamó específicamente a ser un profeta. Pero a todos nos llama a ser pequeños Cristos para nuestro prójimo, para que sirvamos en amor que refleja la relación con el Padre celestial en que nos ha puesto la gracia de Cristo. Nos llama a compartir con otros pecadores que están rumbo al infierno por su pecado e incredulidad el mismo mensaje del perdón en Jesucristo que ha consolado y revivido a nosotros.

“Heme aquí, envíame a mí”. Ésta fue la respuesta de Isaías cuando recibió la gracia y el perdón de Dios. Se hizo un voluntario en el servicio del Señor. Y así la gracia de Dios, tocando nuestro corazón, nos hace presentar “nuestros cuerpos

como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es nuestro verdadero culto”. Esto es así si nuestra vocación en particular es de ser pastores, padres de familia, esposos, profesores, alumnos, porque en Cristo tenemos el perdón, podemos servir a Dios con corazones alegres, no importa lo que cuesta ser fiel. Dios conceda que podamos pensar profundamente en la grandeza de la gracia de Dios y el privilegio de servir al Santísimo. Dios nos conceda corazones verdaderamente dispuestos y voluntarios, que también dirán: “Heme aquí, envíame a mí”. Amén.